

EL BARCO DE VAPOR



Manuel L. Alonso

Estoy detrás de ti y otros cuentos de terror

Ilustraciones de Alfredo Cáceres



EL BARCO



DE VAPOR

Estoy detrás de ti y otros cuentos de terror

Manuel L. Alonso

Ilustraciones de Alfredo Cáceres



Primera edición: marzo de 2012

Segunda edición: octubre de 2013

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez

© del texto: Manuel L. Alonso, 2012
© de las ilustraciones: Alfredo Cáceres, 2012
© Ediciones SM, 2012
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-5429-8
Depósito legal: M-9599-2012
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



1 Nena

TODO empezó el día del séptimo cumpleaños de Beatriz.

Lo celebraron en casa. A los padres de Beatriz no les gustaban las hamburgueserías ni las cadenas de comida rápida, y aunque no le prohibían a su hija acudir a un cumpleaños en alguno de aquellos sitios, preferían celebrarlos en casa, con bocadillos y dulces hechos por la madre.

Casi una docena de sus amigos se presentaron llevando regalos. Entre ellos había más de una muñeca. A la hora de acostarse, rendida de tanto jugar y cantar, de tanto bailar y pelearse, Beatriz ya no sabía quién le había regalado aquella muñeca tan extraña.

Decidió llamarla Nena.

Nena no era exactamente bonita. No había nada de malo en su aspecto, en su pelo muy rubio o en sus ojos negros; tampoco en su ropa, de aire antiguo y cosida con esmero. Era tal vez demasiado grande, sobre todo la cabeza, desproporcionada como la de un bebé. Pero tampoco se trataba de eso. Lo que no acababa de gustarle a Beatriz era la mezcla de dos características antagónicas: era una muñeca antigua, una muñeca de porcelana, y, sin embargo, hablaba.

A Beatriz le parecía que hubiera sido más lógico que fuese muda, como las muñecas antiguas de verdad, o bien que, si era capaz de hablar, tuviera un aspecto más moderno. Y luego estaba lo del tacto. Nena estaba fría, siempre fría. Le faltaba la cálida suavidad de los peluches, de los muñecos de trapo que eran los favoritos de Beatriz.

Poco a poco, y sin saber cómo, Beatriz se fue acostumbrando a ella hasta el punto de que en un par de semanas acabó arrinconando a todas las demás muñecas: solo jugaba con Nena y dormía siempre con ella.

Sus padres se preguntaban si eso sería porque Nena hablaba con una voz dulce como la de

una niña de verdad. Nena no emitía esos sonidos artificiales, esas frases cortas e insulsas del tipo «¿Me quieres? Yo te quiero mucho», que repetían otras muñecas. No: Nena incluso parecía capaz de seguir una verdadera conversación. Desde luego, no respondía a las preguntas, pero tenía una sorprendente variedad de tonos para expresar la alegría, la tristeza, el enfado, la impaciencia... Como si la muñeca realmente tuviera sentimientos y emociones.

A menudo Beatriz se encerraba en su cuarto, y durante horas a través de la puerta solo se oían las dos voces susurrando, como si se estuviesen contando secretos.

Por las mañanas, al despertarse, lo primero que veía Beatriz era la cara de Nena junto a ella. En aquellos ojos negros y redondos de cristal se veía reflejada una Beatriz diminuta. En ocasiones, era como si Nena fuese la niña y ella, la muñeca.

Lo cierto era que a veces Nena le daba órdenes. Beatriz prefería no decir nada de aquello a sus padres. En el colegio había aprendido a no ser chivata en ninguna circunstancia.

Un día quiso jugar con Pipo, que había sido su muñeco favorito durante mucho tiempo. Pipo era



de fieltro y resultaba muy suave al tacto. Parecía un pequeño granjero, con su peto vaquero y su camisa de cuadros, y era tan guapo que Beatriz soñaba con tener algún día un novio como él.

Pero Nena se enfadó al verla con Pipo en brazos, y no tuvo más remedio que guardarlo.

Otro día, mientras la peinaba, Nena protestó:
–No me des tirones, estúpida.

Al principio, Beatriz no podía creer lo que acababa de oír.

–¿Me has insultado? ¿Cómo te atreves?

–Estúpida –repitió la muñeca.

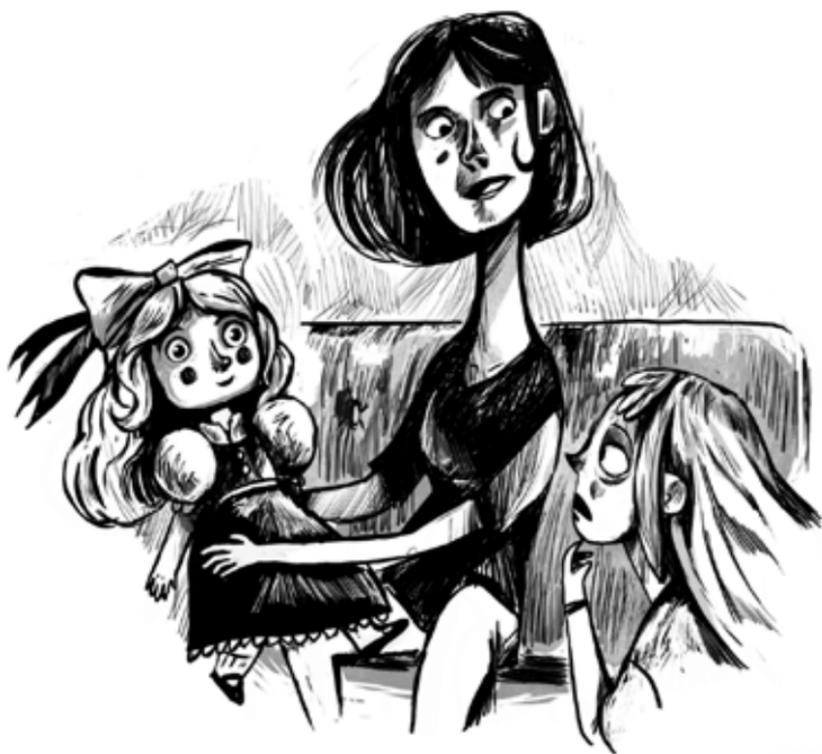
–¡Mamáaaa!

Beatriz fue corriendo a contárselo a su madre, pero su madre no la creyó.

–Dudo mucho que el fabricante se haya permitido programar a la muñeca para que insulte –aseguró–. A ver, Nena, repite eso que has dicho.

La madre cogió a la muñeca, lo que no era habitual porque desde el principio le daba un poco de grima. La observó atentamente. De la rígida boquita de porcelana no salía ningún sonido.

–A ver, hija, repite lo que hacías cuando la muñeca te ha insultado.



Beatriz cogió el cepillo y peinó a Nena con bastante fuerza, tirándole de sus rubios cabellos.

–Soy buena –dijo entonces la muñeca–. Tú también tienes que ser buena.

La madre se fue murmurando:

–Ya ves, hija, ella dice que es buena...

Pero en cuanto estuvieron a solas, la muñeca repitió:

–¡Estúpida!

A veces, cuando estaba con sus compañeras, Beatriz se preguntaba si alguna otra niña tendría una muñeca como Nena.

Decidió castigar a Nena y estuvo un día entero sin cogerla ni hablar con ella. Incluso sacó a Pipo y jugó con él a las visitas y a dar clase. Le gustaba hacer de profesora y le decía a Pipo que era muy inteligente y muy buen alumno.

Pero al llegar la noche, Beatriz se sentía culpable de haber abandonado a Nena todo el día, y se la llevó, como siempre, a la cama.

A la hora de dormir, Nena habló por primera vez en el día y ordenó:

–Levántate sin hacer ruido y coge las tijeras grandes. Tus padres no te oirán porque están mirando la televisión.

A Beatriz le pareció muy rara aquella orden, pero pensó que si no obedecía se quedaría sin saber qué se proponía Nena. Se levantó, cogió del costurero las tijeras nuevas, que eran muy grandes y afiladas, y volvió sin hacer ruido al dormitorio.

Nena parecía mirarla. No era como las otras muñecas, que cuando se las acuesta cierran los párpados. Beatriz casi esperaba que las pupilas de aquellos ojos negros de cristal empezaran a moverse...

–Trae a Pipo –ordenó la muñeca.

Beatriz cogió el muñeco y lo puso sobre la cama, frente a Nena.

–Clávaselas –ordenó Nena.

–¿Qué?

–Las tijeras. Quiero que se las claves.

La voz que surgía de la entreabierta boca de porcelana era un susurro que hacía pensar en oscuridad, en lugares donde se ocultaban toda clase de cosas que a Beatriz le daban miedo: gusanos, cucarachas, ratas. Pensó que así debía de sonar la voz de los muertos.

Alzó las tijeras y las dejó caer con fuerza contra el cuerpo de Pipo. Enseguida sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Pipo estaba con ella desde hacía muchísimo tiempo, desde que era pequeña. ¡Cuántas veces lo había abrazado y le había contado sus cosas al oído!

Contempló apenada el desgarrón en el cuerpo del muñeco, soltó las tijeras y se volvió hacia Nena.

–¡Eres mala! –acusó.

Entonces la cogió por un brazo y comenzó a golpearla contra su mesa de estudio.

Nena no se quejó una sola vez, no dijo una palabra.

Beatriz se detuvo asustada y contempló el destrozo que había hecho. La porcelana se había rajado y una grieta atravesaba en zigzag la cara de Nena. Uno de sus ojos se había desprendido, y la cuenca vacía era ya un agujero profundo y negro.

Beatriz no podía dejar de mirar aquel orificio, preguntándose qué saldría de allí.

–¡Habla! –pidió–. ¿Por qué no dices nada?

Tal vez el mecanismo que la hacía hablar se había roto. Beatriz se arrepentía de haberla maltratado, sentía una angustia no menor que si hubiese herido a su mejor amiga.

–Perdóname –suplicó.

La muñeca no dijo nada.

–Anda, háblame.

Nada.

Aquella noche, Beatriz se durmió llorando.

Al despertar, lo primero que hizo fue buscar con la mirada a Nena, deseando con todas sus fuerzas que todo hubiese sido un sueño.

Nena parecía mirarla fijamente, esta vez con su único ojo.

Beatriz la cogió en brazos: estaba fría, más fría que nunca.



Aquel día era sábado, y los sábados los padres de Beatriz se levantaban tarde. Aunque estaba deseando contarles lo sucedido, tendría que esperar.

Su mirada tropezó con los destrozos del día anterior. Le apenó ver lo que quedaba del pobre Pipo.

En cuanto a Nena, tenía una especie de sonrisa inquietante, debida a su cara rajada. Trató de peinarla ocultando la grieta.

–Voy a tirarte a la basura, para que no puedas hacer nada malo –amenazó, aunque estaba apenada y su enfado era consigo misma.

Beatriz apenas se atrevía a tocar a Nena. Pensó que lo que debía hacer era correr a refugiarse en la cama de sus padres, que aun dormían.

–Pienso contarles lo mala que has sido –le advirtió a la muñeca.

De pronto, la voz de Nena brotó, distorsionada:

–Coge las tijeras.

Beatriz sintió que el pánico se apoderaba de ella.

–No pienso hacerlo.

–¡Coge las tijeras!

Imposible no obedecer. Con un gemido de temor, Beatriz empuñó las grandes tijeras.

–Acaba con Pipo –ordenó la muñeca.

–¡No!

–¡Vamos! –insistió Nena.

Entonces Beatriz clavó las tijeras una y otra vez en el cuerpo del muñeco, en su cara, hasta que el relleno apareció a la vista.

–Ahora, tu castigo –susurró Nena.

–¿Qué quieres que haga?

–Pon la mano izquierda sobre la mesa.

–No entiendo...

–¡Hazlo!



Beatriz dejó la mano izquierda extendida sobre la mesa. Con la derecha seguía apretando fuertemente las tijeras.

–¡Clávatelas!

–¿Que me las clave? ¿Tú estás loca?

Beatriz dudó, sujetando las tijeras con mano temblorosa. Cerró los ojos, empañados por las lágrimas. En la casa se oían algunos ruidos.

–Eres mala –se quejó, incapaz de resistirse y salir huyendo.

Era como si ella fuese la muñeca y no pudiera hacer otra cosa que obedecer.





—¡Ahora! —ordenó Nena.

El grito de su madre, en la puerta de la habitación, fue para Beatriz como el despertar de una pesadilla justo a tiempo.

Arrojó las tijeras al suelo mientras la madre iba hacia la muñeca y la tiraba por la ventana.

Abajo, en el jardín, Toñi jugaba sola.

Toñi era conocida por sus berrinches y patalatas y porque iba siempre vestida como una adulta en miniatura. Su cara resultaba familiar

para cualquiera que alguna vez hubiese visto un cerdito. Aunque era vecina de Beatriz, no podía decirse que fuesen amigas.

Cuando Nena aterrizó junto a las muñecas de Toñi, las recogió todas y se fue rápidamente para casa. Por el camino escondió a Nena bajo su jersey y ensayó lo que diría si llegaba el caso:

–¿Yo? Yo no he visto más muñecas que las mías.

Tan pronto como estuvo en su cuarto, sacó a Nena. Hizo una mueca de disgusto al ver que le faltaba un ojo.

–Me pregunto si tendrás arreglo o tendré que tirarte a la basura.

De la boca de Nena surgió algo semejante a un gruñido y una voz distorsionada que pareció pronunciar una palabra:

–¡Estúpida!

Después de eso se oyó el chasquido de un mecanismo averiado.

Y luego, el silencio.



2 *La casa en la playa*

A primera vista no era más que una casa abandonada. Aunque Alberto sabía que todos la llamaban «el sitio mágico», las razones de que tuviera ese nombre no estaban del todo claras.

Hacía poco tiempo que Alberto había llegado con su familia al pueblo, y apenas tenía amigos. Nadie se había molestado en contarle las tradiciones o leyendas de la zona. Sabía que la casa llevaba años abandonada, que alguna desgracia había ocurrido en ella y que los chicos mayores la usaban a veces para esconderse a fumar y hacer otras cosas de las que solo se habla en voz baja.

La casa estaba justo al borde del mar, en una punta rocosa demasiado pequeña para darle el

nombre de cabo, pero suficientemente grande como para quedar alejada de la carretera. Para entrar bastaba con buscar el lugar en el que la alambrada estaba rota, y luego pasar a través de una ventana de la planta baja.

Aquella tarde, Alberto decidió explorarla. Ya era hora de poder presumir de que también él había visto por dentro «el sitio mágico».

Era un día de finales de mayo, y después del invierno más lluvioso, frío y largo que Alberto recordaba de sus once años de vida, el tiempo era cálido y el sol brillaba alto en el cielo. El mar tenía el azul intenso de los mejores días, y entre las rocas crecían pequeñas flores silvestres, amarillas y azules, cuyos nombres le hubiese gustado conocer.

Alberto rodeó la casa hasta llegar al porche, que estaba en la parte más próxima a la orilla. Había un embarcadero y, a sus pies, una diminuta playita que se recorría en cinco o seis zancadas, arenosa e invadida por las algas acumuladas de un año a otro.

Las contempló: las algas secas, semejantes a virutas de madera, y las mojadas, más oscuras, reluciendo al sol. Le gustaba su olor. Le gustaban todos los olores procedentes del mar.

En la superficie que podía abarcar con la mirada no había más que una sola embarcación. Le dieron ganas de dibujarla, pero no llevaba encima nada para poder hacerlo. Había salido de su casa para dar una vuelta sin rumbo, a esa hora en que los chicos aún no se habían reunido en la plaza o en el puerto.

Al cabo de un rato tuvo que confesarse que, si seguía pensándose, no se atrevería a entrar en la casa. Inspiró con fuerza, se armó de valor y se dirigió a la ventana, antaño tapiada, por la que otros muchos habían pasado antes que él.

El interior de la casa no estaba a oscuras, como había temido, porque el sol entraba por las destrozadas ventanas. La temperatura era mucho más baja que en el exterior. Había algunas pintadas, restos de hogueras, excrementos secos.

Al fondo, una escalera de caracol que sin duda subía a la torre. Lo que más le gustaba del chalé era aquella torre, que había observado desde fuera. Redonda, o más bien cilíndrica, en tiempos debió de haber sido blanca. Desproporcionadamente alta, la torre constituía el detalle que diferenciaba la casa de cualquier otra. Tal vez era la razón de que llamasen a aquello «el sitio mágico».

Subió por la escalera sintiendo la emoción de hacer algo nuevo y más o menos prohibido. Ya no había barandilla y algunos peldaños estaban resquebrajados.

Al llegar a la habitación de arriba, que estaba llena de polvo, vio que la escalera continuaba. Subió con cuidado, porque en los últimos tramos faltaban directamente peldaños, y se encontró en una terraza.

Parpadeó deslumbrado al tiempo que aspiraba la fresca brisa.

Giró sobre sus talones para contemplar la línea de la costa y, de pronto, soltó un grito.





Allí, en la terraza, había alguien.

Era una niña.

Una chica más o menos de su edad, que miraba el mar dándole la espalda.

Alberto quiso retroceder antes de que ella lo oyera, dio un paso atrás y, justo en ese instante, ella se volvió. Lo miró sin sorpresa, como si ya supiera que él estaba allí. Como si hubiese estado esperándolo.

Él fue a decir «hola» y, sin saber por qué, también pensó en decir «perdona». Pero solo acertó a murmurar una palabra que era un cruce de aquellas dos, a la que ella respondió con una sonrisa.

«Dios mío, es guapísima», pensó.

En cuestión de chicas, Alberto tenía cierta experiencia. Había tenido novia a los seis años. A los ocho le habían dejado de interesar las niñas (las de su colegio eran casi todas muy presumidas y al mismo tiempo muy agresivas), y desde hacía unos meses volvían a gustarle.

Aquella le gustó. Le gustó muchísimo. Tenía un bonito pelo oscuro y los ojos azules. Su sonrisa, aunque un poco triste, era preciosa.

–No sabía que estabas aquí –se disculpó–. No quería asustarte.

–No me has asustado. El que se ha asustado eres tú.

–No te he visto subir, y desde abajo no parecía que hubiera nadie aquí. ¿Has venido tú sola?

–Llevo mucho tiempo aquí.

Tenía un ligero acento extranjero, lo que no era nada raro entre los habitantes de aquella zona. Llevaba un vestido marrón, del mismo tono

que las algas (por eso Alberto, que no solía reparar en aquellas cosas, se fijó en el color), e iba descalza.

–Yo llegué al pueblo hace tres semanas. Me llamo Alberto. Me parece que no te había visto nunca.

–Es normal, casi nadie me ve.

–¿Qué quieres decir?

Ella se encogió de hombros, como si no tuviera ganas de seguir hablando. El contraste entre el castaño oscuro de su pelo y el azul claro de sus ojos impresionaba a Alberto, que la miraba embobado.

–Es la primera vez que vengo al «sitio mágico»
–dijo Alberto, intentando romper el silencio.

–¿«El sitio mágico»?

–Así es como llaman a esta casa. ¿No lo sabías?

–No hablo apenas con nadie.

«No ve a nadie, no habla con nadie», reflexionó Alberto, «y nunca la he visto por el pueblo; yo diría que es un poco rara».

–¿Es que no te dejan salir? ¿Te has escapado?

–Algo así. ¿Y tú? ¿Por qué has venido? ¿No sabes que es peligroso subir aquí? Ya has visto cómo está la escalera...



–Quería hacer algo nuevo. Me aburro de hacer lo mismo todos los días. ¿Cómo te llamas?

–Vera.

Aquel nombre removió la memoria de Alberto. Súbitamente, recordó que le habían contado algo sobre la casa. Y en ese instante fue consciente, por primera vez, de que había algo que parecía interponerse entre ellos, y sintió una corriente de aire frío impropia de aquella tarde de sol.

Miró la carretera desierta, el azul oscuro del mar y el más claro del cielo, la embarcación inmóvil a lo lejos, y se sorprendió del silencio que ni siquiera rompía el grito de una gaviota. Era como si estuviesen los dos solos en el mundo.

–Lo que ocurrió aquí hace tiempo, lo de aquella niña que desapareció, o que fue asesinada... ¿Sabes cómo pasó? ¿No se llamaba igual que tú?

Sin apartar la mirada de él, Vera meditó su respuesta:

–¿Quieres saber lo que ocurrió? Yo puedo contarte lo que vi, pero no sé si será suficiente.

–¿Es que viste algo?

De pronto, Alberto reparó en el curioso perfume que parecía desprender el pelo de Vera, un ligero olor que le recordó algo que había olido

unos minutos antes: las algas, que fuera del agua iban muriéndose poco a poco.

Al mismo tiempo, Vera habló en un susurro:

–Un día, al ir a acostarme, descubrí que mi cuerpo me esperaba ya en la cama.

En un primer momento, Alberto no entendió el sentido de aquellas palabras; después se preguntó qué se propondría la chica. ¿Quería tomarle el pelo, ponerlo a prueba? ¿O simplemente estaba loca?

–Quieres decir que te diste cuenta de...

–Me di cuenta de que estaba muerta.

«Dios mío, sí que está loca», pensó Alberto, asustado.

Ella volvía a sonreír. Pero era un sonrisa tan triste que le produjo un escalofrío.

–Tengo que irme –anunció Alberto sin pensar.

La niña no respondió. Se aproximó más a él, mirándolo intensamente.

–Me gustaría que me dieras un beso.

Alberto sintió que enrojecía. ¿De veras había dicho aquello? Para estar muerta era muy descarada. Se daba cuenta de que no podía apartar la mirada de sus ojos, y su corazón iba tan rápido que casi podía oírlo.

–Vale –respondió aparentando una tranquilidad que no sentía.

Desde luego, no dejaría que ella se riese de él, o que fuera contando por el pueblo que había conseguido asustarlo.

Alberto puso sus labios a un lado de los labios de Vera, en la comisura, exactamente en aquel punto del que se hablaba en *Peter Pan*. Fue apenas un soplo, pero muy agradable.

–Gracias, Alberto.

–Y ahora me voy.

–Lo comprendo.

–Voy a la plaza a reunirme con los otros.
¿Vienes?

Vera hizo un gesto negativo y le dijo:

–No puedo salir de aquí. Y no creo que tú puedas llegar a la plaza.

–Bueno, ya está bien. Si eso te divierte, quédate aquí, pero yo...

–Tú, ahora, eres como yo.

–¿Y me ocurrirá como a ti?

–Sí.

–Ya –trató de burlarse Alberto–, como eso de que un día, al acostarte... ¿Qué habías dicho que te ocurrió?

–Al ir a acostarme, descubrí que mi cuerpo me esperaba ya en la cama.

Alberto, disgustado por la insistencia de ella, asustado a pesar suyo, dio un paso hacia atrás. Había algo en aquel día y en ese instante que resultaba muy extraño.

Volvió a sentir frío y se apresuró hacia la escalera.

–Adiós.

–Volverás –afirmó Vera.

«Nunca», pensó. «No pienso hacerlo».

Alberto bajaba ya a toda prisa, sin mirar dónde pisaba. Los pies descalzos de ella, que parecían levitar sobre el suelo, no se movieron.

Alberto no fue a la plaza, ni al puerto, ni se encontró con nadie de camino a casa.

Horas después, sucedió: al ir a acostarse, descubrió que su cuerpo le esperaba ya en la cama.

